

ANA MARÍA GUTIÉRREZ RIVAS y ANTONIO ESCOBAR OHMSTEDE (coords.), *El Oriente Potosino a través de sus mapas, planos y croquis, siglos XIX y XX*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, El Colegio de San Luis, Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí, 2009, 43 pp. + CD Room, ISBN 978-607-486-032-0

México es un país de mapas. La existencia de los mapas no está puesta en duda, en cambio, su subsistencia es una incertidumbre. Por eso, no faltan llamadas para declararlos patrimonio cultural de México.¹ El hallazgo de numerosos mapas en los acervos mexicanos es una sorpresa a cada instante. De repente, sin imaginarlo, a la vuelta de un folio hay un mapa que nos desafía e imprevisiblemente la mirada se vuelve zigzagueante, se sale del camino recto de los renglones del expediente. Nos aleja de la costumbre de leer línea por línea. Convertir un mapa antiguo en un mapa histórico es una de las claves que enseña la historia de la cartografía de México y es una experiencia que poco se ha contado hasta ahora. Por eso, que Ana María Gutiérrez Rivas y Antonio Escobar Ohmstede decidan dar pasos en la búsqueda de mapas significa que requieren de una mayor variedad de fuentes para brindar nuevas señales a sus investigaciones.²

¹ Miguel LEÓN PORTILLA, "La cartografía como patrimonio cultural", en Enrique FLORESCANO (coord.), *El patrimonio nacional de México*, México, Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, t. II, pp. 289-322.

² Las inquietudes intelectuales de Escobar Ohmstede en torno a la tenencia de la tierra, las estructuras agrarias y los cambios territoriales han sido una trilogía en su trayectoria académica. Su trabajo, un constante ir y venir a los archivos, le ha permitido responder algunas preguntas sobre los temas antes mencionados. A veces con más detalles y ejemplos como en el caso de los condueñazgos, los ayuntamientos y los pueblos de indios en varias regiones de estudio. El examen de la restitución de tierras a las localidades indígenas ha sido uno de los procesos donde advierte la presencia de los mapas en esos largos reclamos. ANTONIO ESCOBAR OHMSTEDE y "¿Qué sucedió con la tierra en las Huastecas decimonónicas?" en ANTONIO ESCOBAR OHMSTEDE y LUIS CARREGHA LAMADRID (coords.), *El siglo XIX en las Huas-*

Contar los mapas es una de las tareas más elementales. Personajes como Manuel Orozco y Berra iniciaron un siglo atrás el conteo de su colección privada de mapas, algo más de 3 000 piezas según el catálogo.³ Por eso, la vieja tarea de contar mapas aún no termina en México y es otro de los pendientes que han pasado de una generación a otra. El trabajo de Escobar Ohmstede y Gutiérrez Rivas se instala en una tradición que mantiene su actualidad, es necesaria y la tecnología empleada es decisiva en la calidad y utilidad de los resultados. El Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí, al igual que otros con ese rango administrativo, nos recuerda lo mucho que falta por hacer, luego de contar los mapas, para transformar de manera legible y convincente la información del territorio mexicano atrapada en los márgenes de cada mapa.

Gutiérrez Rivas y Escobar Ohmstede se abocaron a la localización de los mapas y a la recopilación de los datos básicos del Oriente Potosino, como indican, para percatarse de que de los tesoros hallados, una muestra del área geográfica de sus intereses es suficiente para darla a conocer en el formato del disco compacto, acompañado de un folleto con un largo ensayo denominado “Cartografía histórica del Oriente Potosino, siglos XIX y XX”, que es una introducción elaborada por Escobar Ohmstede en colaboración con Ivonne Neusete Argáez Tenorio. Como resultado, ahora se cuenta con los primeros análisis o pistas que los autores han encontrado tras el examen de esa documentación y la presentación digital que permite la visualización de mapas de 31 municipios de esa región potosina, entre 1858 y 1917, provenientes de los fondos del mencionado archivo estatal.⁴

tecas, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, El Colegio de San Luis, 2002, pp. 137-165.

³ Manuel OROZCO Y BERRA, *Materiales para una cartografía mexicana*, México, Edición de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Imprenta del Gobierno, en Palacio, 1871.

⁴ Esta iniciativa formó parte del proyecto “Cambios y continuidades en las es-

En la introducción, Escobar Ohmstede y Argáez Tenorio dividen en dos partes el estudio de los mapas. El primero con los “antecedentes” y el segundo dedicado al Oriente Potosino. La primera parte es una revisión tradicional dedicada a México, con una larga temporalidad y algunas menciones al caso potosino, desde el siglo XVI hasta inicios del XX. A los autores les interesa detectar algunas razones que asocian a los mapas, como “la posesión de la tierra y los conflictos de propiedad comunal o privada” (p. 7) o bien los límites, las ubicaciones o las “áreas de influencia política, cultural, religiosa y económica”. En estos casos, añaden, la influencia europea es la base que brinda poco a poco las dosis de objetividad al mapa, un proceso que culmina en el siglo XVIII, cuando las “matemáticas, la geometría y la cosmología se hicieron presentes” (p. 8). En el siglo XIX, con mayor organización e instituciones geográficas, el estudio del territorio mexicano fue en aumento, al igual que los nuevos mapas. Los autores no olvidan mencionar la participación de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística o, más adelante, la legislación liberal de 1856 cuando “las propiedades comunales, fueran de indígenas o de ayuntamientos, se fraccionaron en terrenos individuales”. Aquí abren un paréntesis para concentrar la atención en el caso del Oriente Potosino y constatar los menores alcances de las empresas privadas, a diferencia de lo sucedido en otras partes de la República (p. 12). El repaso sigue con la Comisión Geográfico Exploradora y los trabajos que llevaron a cabo por el territorio mexicano, los objetivos y las series de mapas propuestos. Nuevamente, San Luis Potosí llama la atención de los autores para agudizar la mirada y ver que esa agencia federal terminó la carta del estado en 12

estructuras agrarias de San Luis Potosí: 1856-1938. Agua y tierra” financiado, entre 2004 y 2008, por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y apoyado académicamente por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social y El Colegio de San Luis, así como por Flor Salazar, directora del Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí.

hojas e impresa a cinco tintas “con numerosos cuadros con datos geográficos y estadísticos” (p. 15). El siglo xx hereda el atraso de los trabajos geográficos, a la vez que abre la puerta a nuevos proyectos e instituciones, como el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, instalado en el barrio de Tacubaya. El relato termina, como es natural, en esta perspectiva elegida de origen europeo, acumulativa y lineal, con la actualidad de los mapas a través del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (pp. 16-17).

La segunda parte presenta la experiencia potosina y es donde los autores detectaron un “desbalance” en el tema entre los “términos nacionales” vistos en la primera parte y la “historia regional y estatal” donde es menor la atención. Por eso, la investigación privilegia esta escala de estudio. Con la colaboración de Argáez Tenorio, los autores se adentraron en el fondo Catastro del Estado y en el de la Comisión Agraria Mixta-Administrativa, Oficina de Tierras y Aguas (p. 23). Luego de una paciente labor, localizaron 199 mapas del Oriente Potosino, de los cuales 88 pertenecen al primer fondo y 111 al segundo. De cada uno registraron las características físicas y el esbozo de las primeras ideas. El contexto del agua y tierras centró la atención principal a la hora de mirar los mapas. Otra parte del interés se repartió en la distribución de la población, la extensión de las propiedades privadas y las tierras de los pueblos indios, ayuntamientos y ejidos.

El paso siguiente requirió de un trabajo técnico en las mesas de consulta del archivo durante año y medio para obtener los archivos digitales.⁵ Con la información de cada mapa y la participación de Carlos A. Núñez Ortiz fue terminado el disco compacto. Al inicio, una ventana presenta el título del trabajo y otra los nom-

⁵ La digitalización de los mapas por partes es un proceso que consume demasiado tiempo, expone el documento a sufrir daños y el resultado de la integración no siempre es lo que se espera. Experiencias llevadas a cabo en México con equipos adecuados, para esta cantidad de mapas, reduce el tiempo a dos semanas.

bres de los coordinadores y colaboradores. Se pasa a una pantalla principal. Allí se ordenan las carpetas en cuatro columnas, 35 en total, una por cada municipio⁶ y 5 de los partidos (del partido de Ciudad Valles no hay mapa). Al lado, un dispositivo por categoría y por palabra facilita las búsquedas. En el primero, se tiene acceso a los mapas del catastro, ordenados de menor a mayor escala, es decir, de los partidos, seis en total (Ciudad Valles, Ríoverde, Ciudad del Maíz, Hidalgo, Tancanhuitz y Tamazunchale), siguen las entradas a los mapas de los municipios, los ejidos, el fundo legal, las fracciones o condueñazgos y las haciendas. Por su parte, los mapas de la Comisión Agraria Mixta-Administrativa se ordenan por estructuras agrarias, que son: municipios, poblados, ranchos, comunidades, congregación, condueñazgos, haciendas, predios, fracciones, parcelas y terrenos. En el segundo caso, se ofrece la opción por palabra clave de cada mapa, por ejemplo, para buscar los nombres geográficos.

Los nombres de los municipios del área elegida y el número de mapas son, por orden alfabético: Alaquines (6), Aquismón (14), Axtla de Terrazas (8), Cárdenas (7), Cerritos (1), Ciudad del Maíz (11), Ciudad del Maíz, partido (1), Ciudad Fernández (6), Ciudad Santos (5), Ciudad Valles (27), Coxcatlán (3), Ébano (1), Hidalgo, partido (1), Huehuetlán (3), Lagunillas (3), Pastora (1), Rayón (1), Río Verde (10), Río Verde, partido (1), San Antonio (11), San Ciro de Acosta (1), San Martín Chalchicuatla (5), San Nicolás Tolentino (1), Tamasopo (4), Tamazunchale (23), Tamazunchale, partido (1), Tampacán (5), Tampamolón Corona (13), Tamuín (1), Tancanhuitz de Santos (6), Tancanhuitz, partido (1), Tanlajás (7), Tanquián de Escobedo (1), Villa de Juárez (1) y Xilitla (8) (p. 20).

Los autores dedican la última parte del ensayo a la descripción de los materiales hallados en cada fondo. Primero los del Catas-

⁶ Durante la investigación no se encontraron mapas del municipio de San Vicente Tancuayalab.

tro. Aspectos formales tanto de la simbología como del trazo de los límites, las áreas de los lotes o el uso del color que distingue cada lugar. Observan los nombres de las calles o callejones de los mapas de los fundos legales. Detectan como significativa la carencia de ingenieros en la elaboración de la mayoría de los mapas (p. 25). Se fijan, en otros casos, en la manera “como se fue dividiendo el territorio y el número de personas a quienes se les otorgaron tierras” (p. 26). También en los caminos principales y secundarios por el territorio y de manera especial en el ferrocarril y las estaciones. Toda una geografía económica de la región quedó registrada en los mapas con las industrias, los cuerpos de agua, las haciendas, los molinos (p. 27), los ríos y los arroyos (p. 29). Algunos de los mapas catastrales también contaron con “los nombres de todas las propiedades” y propietarios, valores y superficies, así como la ampliación de ejidos. Al mirar los detalles de los mapas de este fondo, los autores identifican un primer nivel de análisis, es decir, el cambio de la hacienda a la formación de los ejidos (p. 29).

En esta parte, a primera vista, destacan tres grupos de municipios con más mapas. El primero de Tamazunchale, Ciudad Valles, Aquismón y Tampamolón, seguidos por San Antonio, Ciudad del Maíz y Río Verde y un poco atrás los de Axtla de Terrazas, Xilitla, Cárdenas y Tanlajás. Algunas preguntas que sugerimos, según los criterios de John Brian Harley,⁷ se relacionan con el trazado de los mapas, como: ¿Quiénes participaron en la elaboración de los mapas y de dónde procedía el personal técnico? ¿Eran agrimensores o había de otras especialidades? ¿Qué métodos aplicaron en las observaciones y mediciones? ¿Cuáles eran las escalas de los mapas? ¿Cuál era el meridiano de origen de las coordenadas geográficas? ¿Cuál fue el pago recibido por la realización del trabajo?

⁷ John Brian HARLEY, *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

También se indaga, en otro nivel, la relación de los documentos: ¿Hay otros mapas contemporáneos de la misma región? ¿Se detectan líneas, nombres geográficos o características topográficas de un mapa a otro? ¿Hay posibilidad de reconstruir una secuencia de cambios geográficos? Los mapas, al constituir un tipo especial de conocimiento del interés de los grupos de poder, requieren de otras preguntas, por ejemplo: ¿Por qué algunas áreas concentraban la mayor cantidad de mapas? ¿Quiénes eran los propietarios de las tierras? ¿El mapa brindaba a los propietarios poder político? ¿Por qué tenían interés en conocer las extensiones y límites de sus propiedades? ¿Había una relación entre la extensión de haciendas o ranchos con el proceso de dotación de tierras o los accesos al agua? ¿Se adelantaban o reemplazaban a la autoridad para realizar las operaciones técnicas de los espacios agrarios e hídricos? ¿Había tensiones territoriales entre grandes y pequeños propietarios en esa región?

La parte del fondo de la Comisión Agraria-Mixta Administrativa es la que más mapas ha aportado a la investigación y su elaboración abarca de 1923 a 1987. En este conjunto, los autores detectan “los nombres de los ingenieros que estuvieron en el proceso de elaboración [de los mapas], así como quienes los levantaron, calcularon y construyeron”, que se distinguen de otros que calcularon y dibujaron (p. 35). Como se puede ver había una separación de funciones en la vida de los mapas y este grupo así lo demuestra.

Los cambios que se han detectado por los autores en este grupo de mapas son, además de los “político-administrativos en el territorio, como la formación de nuevos municipios y la supresión de otros” (p. 36), las escalas de su elaboración: de las regionales a las locales, es decir de la 1:100 000 a la 1:40 000 y aún hay otros a la 1:20 000. Estos mapas registran y sintetizan los largos procesos de dotación o ampliaciones definitivas o provisionales. En otros casos, los nombres de los propietarios se acompañaban

de las cifras de las superficies, lo que es esencial para la reconstrucción o el cotejo con otras fuentes sobre la producción y la vida económica de la región, al igual que los derechos políticos de los propietarios.

Para concluir, Escobar Ohmstede y Argáez Tenorio reconocen las características del trabajo, de momento, basado en la localización y la descripción de los materiales. El paso siguiente, indican, son nuevos planteamientos en torno a las “estructuras agrarias e hídricas” de la región elegida a partir de la distribución y otorgamientos de las tierras (p. 38). Igualmente, dejan abierta la invitación para que otros investigadores se interesen por la continuación de la propuesta. La sugerencia de los autores incluye nuevas búsquedas en otros archivos de la capital estatal y la ampliación a los de la ciudad de México.⁸

La disposición en formatos digitales de los mapas mexicanos, como lo han intentado Escobar Ohmstede y Gutiérrez Rivas con el ejemplo potosino, enriquece el concepto de la historia y la geografía mexicanas porque permite que los mapas salgan del archivo para ocupar una nueva posición en las investigaciones. Ahora los mapas se desplazan y están abiertos a miradas alternativas que transforman cada documento y lo vuelven útil e interesante. Aquí está el reto que nos dejan los autores. La interpretación o historia social que haga hablar a cada uno. Y con razón, si el mapa es un texto que entrega a quien sabe leerlo un sinnúmero de pistas en los vericuetos de una investigación, a veces, al lado de una vieja ventana con la hoja extendida sobre una mesa o de pie

⁸ En una consulta realizada, por ejemplo, en la mapoteca Manuel Orozco y Berra de la ciudad de México, encontramos 622 mapas de San Luis Potosí registrados entre 1867 y 1950. Héctor MENDOZA VARGAS y Carlos VIDALI REBOLLEDO, “Fuentes del México Moderno y Contemporáneo: Mapas de la Colección General, 1867-1950”, en Atlántida COLL (coord.), *Nuevo Atlas Nacional de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, clave HI 3 A, escala 1:16 000 000, 2007.

bajo el sol abrasador con el mapa en mano en la búsqueda de un remoto vestigio material de interés.

Héctor Mendoza Vargas

Universidad Nacional Autónoma de México

TOMÁS PÉREZ VEJO, *Elegía criolla. Una reinterpretación de las guerras de independencia hispanoamericanas*, México, Tusquets, 2010, 324 pp. ISBN 9786074211825

Deberá la historiografía acostumbrarse a la idea de que la identidad puede tener poco que ver con el principio de nacionalidad. Ha sido tan habitual afirmar que las guerras de independencia se libraron entre españoles y americanos de distintas nacionalidades que ha llegado a ser el pilar sobre el que se ha construido un discurso público acerca de los hechos de los que empezamos ahora a conmemorar su bicentenario. Ábrase cualquier libro de texto escolar o universitario y podrá verse hasta qué punto la imagen que se transmite a un discurso público narra una suerte de guerra de liberación nacional entre la comunidad propia y España. Lo mismo cabría decir de España respecto de su “guerra de independencia”: rara vez se verá relatada como una guerra civil entre españoles partidarios de la oferta napoleónica y españoles reticentes a la misma. Más a mano se tendrán sin mucho esfuerzo en estos momentos tan celebrativos discursos producidos en toda la anchura del Atlántico hispano, España incluida, donde la idea predominante es una u otra forma de liberación nacional. Definitivamente, en el discurso público hispanoamericano la pugna con la monarquía –la que, no cabe duda alguna, existió y triunfó– se ha transformado en guerra nacional –lo que es más que dudoso que existiera.